

El regreso

Una brisa discontinua le daba en el rostro, soplando sobre los mechones cortos y negriscos. Tal vez le disgustaba, tal vez no. La brisa le traía un olorciño a tierra minera que venía de San Miguel, la primera mina agotada que en siglos había acumulado colinas de piedra triturada. La lluvia que caía sobre esos colinas se desataba, desbordándose convertida en agua ácida, quemando las calzadas y las piedras recortadas de las veredas, que con el tiempo, se veían manchadas como si se echara café o como dieciséis curiosos, en pleno centro, al oeste de la plaza principal. Por eso las calzadas y las veredas, mostraban desde siempre las huellas de la contaminación y parecía que a nadie le importaba. Pese a todo, la zona había adquirido una singular prestancia urbana. A las faldas de esas colinas ácidas se levantaba el santuario de la Virgen del Socavón. Ese olorciño mineral parecía picarle la piel, pero era el sol de la mañana, en ese cielo abierto, sin nubes, el que ayudaba a esa sensación que por otra parte había olvidado y que ahora le incomodaba sin acertar por qué.

Buenos Aires estaba en su memoria y tenía que olvidarlo, después de treinta años, una permanencia de casi toda una vida. Tenía trece cuando dejó el país. Tal vez por eso, todo le parecía insignificante. Aquel olorciño a mineral, el frío, cualquier otro fenómeno natural, se lo podía combatir, la desolación no. Y él veía la desolación palma-palmo en las angostas calles que se entrecruzaban formando manzanas esquecidas. Iba con un poco apresurado, desconocido en el barrio, nadie sabía quién era. Su apariencia atlética, fruto del duro trabajo en su juventud, le daba un porte distinguido. En otras palabras, su presencia llamaba la atención y nada más.

- Antes los hoteles eran contados aquí. Éste es el último de tres que acaba de inaugurar - le había dicho la recepcionista del hotel enarcando las cejas como las artistas de cine, mientras burgaba en su material de registro. A espaldas de ella, sobre la superficie color naranja y liso de la pared, se lucía una hermosa máscara de diablo, un poco más grande de lo usual. Recordó que un distintivo así se veía en el ingreso a la platea del Palais Concert. En seguida, la recepcionista preguntó por los días de permanencia, esparciendo la frondosa cabellera negra distribuida en largas y numerosas trenzas, al estilo de las mujeres chipayas, a partir del centro mismo de la cabeza y que le hacían ver singularmente atractiva.

- ¡Ah! ¡llegó de Buenos Aires! ¡Usted es argentino! - decía sonriendo-, aprestándose a registrarlo. El sencillamente permaneció imposible dejando que el equivoco continuara por unos minutos, después de todo no le hacía mal a nadie. Sus ojos se encontraron. Había en los de ella cierta recóndida ternura. ¿Una pasión tal vez? Cuando ella se inclinó para escribir en el libro de registro, miró los hermosos peinados y el peinado que también lucían algunas artistas y cantantes extranjeras, y que en gran parte, pensó que favorecía a la feminidad de las mujeres, aunque este detalle era hasta cierto punto frívolo, no se reprobó. Dedió (no estaba seguro) que la moda de la milenaria raza chipaya, estaba dando la vuelta al mundo.

La casona donde nació y vivió su infancia entre la escuela y las tareas domésticas, iba a una destrucción segura. Restauraría era prácticamente imposible. El techo de teja mostraba jorobas prominentes a causa de la humedad. En los aleros, sobre todo de la fachada, las tejas habían desaparecido y algunas se sostendían debajo de los hongos y amenazaban con desprenderse en cualquier momento. Por donde se lo mirase, las dos plantas construidas a inicios de la república, exponían las huellas de un gran deterioro. Incluso, amenazaba a la seguridad de la vieja cuidadora que junto a una joven pareja, con tres niños, conserjeaban expectantes en el zaguán. Subió por la escalera central de piedra labrada y estropiada. Las columnas de los corredores en los cuatro costados se veían desportilladas advirtiéndose su estructura de ladrillo. Él sabía que los dormitorios conformaban el piso superior. De niño cuántas veces había fantaseado el ingresar y salir de esas habitaciones en sus juegos con las niñas de la gran familia. Además estaba el salón de reuniones de forma rectangular que formaba parte del ala derecha de la casona. Interiormente una puerta daba a ese recinto y seis colindaban con la calle lateral. Se preguntó si aún quedaban la larga

mesa, 3 ó 4 sillones y las sillas tapizadas apoyadas a la paredes. Con desgano primero y luego con mayor decisión, intentó abrir las puertas de arco de medio punto, pero éstas se resistían aparentemente resguardadas. Prateando por lo que hacia, empujó la siguiente que cedió. En la penumbra, la habitación era amplia y al parecer sirvió de dormitorio y comedor a la vez por los muebles dispuestos. Dos puertas con contraventanas y vidrios rotos, llena de hendiduras por las que pasaba la luz, daban a la calle. Abrió la puerta más próxima para disipar el olor a humedad que parecían exhalar las anchas paredes de adobe y tener más luz. Las puertas tenían falsos balcones rústicos de madera, y listones de fierro simple formaban la balaustre. Cuando abrió la segunda, se encontró con una maceta conteniendo un cactus en flor que se alzaba por encima del dintel y que en ese momento le sorprendió. En realidad no había transcurrido que no dejara de ver el extraño cactus en flor, sólo que él no lo descubrió desde la calle debido a que iba respingando, como si obrara en contra de su voluntad. El olor a tiempo detenido conjugaba con el polvo finísimo que cubría los muebles desprotegidos, el entarimado, las paredes los cuadros un paraíso para telarañas y ratas. No lograba descubrir a su último morador. Se inclinó a una mesita casi junto a la segunda puerta, y sin entender por qué lo hacía, cerró los ojos y sopló. El polvo se levantó en una nube. Al abrirlas, se dio con un extraño atuendo prendido a la puerta como un fantasma. Observó la mascorrilla de alambre finísimo, tejido, ribeteado y convexo, en cuya superficie se habían pintado cejas pobladas y negras, ojos de iris azul, y la boca carnosa y sonriente. Se añadió una exigua corona de plumas de nandú. Continuaba la casquilla de manga corta, cubierta a su vez por una hombrera confeccionada en tela de algodón, como el pollerín con la faja ancha y el pantaloncillo. Excepto la faja marfil, todo era de color azul con ribetes blancos. Pese al polvo se advertían los adornos de hilos dorados y de plata, y lentejuelas brillantes. Junto al atuendo, una lanza, de la que se aseguraba, era de la madera de una acacia, se sostenía por un clavo. ¿No se decía que era el bisabuelo, él que de tarde en tarde, hablaba sobre ese atuendo cuyos bailarines calzaban zapatos de lona blanca? Le vino a la memoria algo de esa música tristona, melancólica, que convocaba a los saltos de los danzarines. Alguna vez había escuchado en Buenos Aires el ritmo olgote tergiversado, y que extraordinariamente ahora lo evocaba a las sendos brumosos de las acequias argentinas. No se avergonzaba de llorar al escuchar y ver los melodios y danzas del carnaval de su tierra en un país extraño. Aquel día había sido inolvidable, porque allí estaba Fernando de la Rúa apadrinando a la diablina de los orureños en Escobá. Para ellos, fue el octo más memorable que había cumplido de la Rúa antes de convertirse en el presidente de su país.

Ella tomó el pasaporte, entró las cejas y miró con esos ojos negros brillándole. El no dijo que antes de Buenos Aires, la Boca, o Mar del Plata, vivió en las villas miserias. Tampoco quiso referirse a los años duros. A ese atardecer brumoso y frío, cuando se encaminaba hacia la casa donde guardaba la muchacha con lo que convivía. Ese atardecer, un hecho fortuito le devolvió de su camino a una reunión en la casita de cartón al otro extremo del poblado. De esa manera, cuando los paramilitares de la Triple A (que buscaban comunistas a cualquier precio) incursionaron en su morada, sólo dieron con ella y otros desafortunados cuya suerte jamás se supo. Ella le miraba como intuyendo un recuerdo triste mientras le devolvía el pasaporte. Él habría querido estar junto a la frágil compañera y correr la misma suerte. Su padre en cambio no lo soportó. A la semana fué hallado muerto con la mirada al cielo, entre las hortalizas que cosechaba en las extensas huertas que desde siempre cultivaban los emigrantes italianos. Esos acontecimientos le extremecían todavía.

Los arquitectos habían dado una perfecta distribución a las espaciosas ventanas para atropor la luz natural que realzaba el decorado sencillo y acogedor del "lobby", palabra inglesa que a la recepcionista le agradaba remarcar, mientras en sonido ambiente se escuchaba morenada.

El tiempo se había detenido en ese rincón, pero él no estaba para pensar en ese tiempo. En realidad no sabía por qué se entusiasmaba. Esa habitación era del viejo bisabuelo, del viejo narcisista, un impetuoso que vivía prendido al espejo acicalándose. Su narcisismo llegó a tal extremo que no dudó un segundo en comprometerles, que a su muerte, su cadáver fuese lavado y maquillado. Aquella propuesta parecía un capricho, pero no lo era para él. Con lo que se contaba,

fue con la repentina muerte del narcisista. De esa manera la familia se vio en conflicto para conseguir al profesional competente. Finalmente se trajo a uno recomendado desde Cochabamba, ante la indignación del vecindario que uguró tres días para que se cumpliesen las horas fúnebres.

A través de la puerta el cielo azul intenso de la mañana tenía ahora algunas nubes dispersas como algodoncitos. Abandonó la habitación y se quedó en el barandal de madera renegrida, observando el patio en el manzano y otros árboles frutales que ya lo había advertido al ingresar a la casona. El jardín reblandido había desaparecido. Ninguna explicación. Le invadió la nostalgia - no sabía si por Buenos Aires o por aquél panorama - mientras veía cajones de madera quemado por el rigor de las estaciones, trastos rugosos de fierro enlosado, piezas enmohoecidas de lo que fue una chancadora, ropa tendida en el alambre que iba de columna a columna. Le llamó la atención una compresora de marca alemana que conservaba el color amarillo de su fabricación de origen y que parecía subitamente abandonada, como si algo imprevisto hubiese evitado su traslado o la pequeña mina que sus antepasados administraban. El éxodo a los Estados Unidos para entonces ya era una norma, pero cuando el desastre se vino con todo, su padre prefirió Buenos Aires. El nunca comprendió el porqué de ese autoexilio.

Dejó la casona. En el trayecto iba con un aire de curiosidad. Sonrió irónicamente al ver automóviles aparcados, montados sobre la vereda, en algunos casos innecesariamente. Al transitarse cuadras y cuadras no encontró una plaza, un espacio verde, un lugar al aire libre que le acogiese para sentarse y meditar. Ahora se daba cuenta por qué la ciudad le parecía chocante con esa apariencia gris, aunque compensaba los idílicos colinas del sur y la planicie. Ideó la construcción de varias plazas. Le salió el acento argentino cuando decía estas reflexiones. Tentó el bolsillo del saco y extrajo un cigarrillo. Sintió el filtro en los labios y el roce de la brisa. En un acto mecánico extrajo a su vez la caja de fósforos y tomando un palito lo encendió. Chupó y el cigarrillo se hizo brasa en el otro extremo mientras botaba humo por la nariz. No era un fumador, sólo pitaba como una manera de "hacer algo". Al dejar el hotel una noticia le había sorprendido hasta el paroxismo. En el año 2001, la población reclamaba recursos para la carretera a Iquique. Tomada dejadez, tamañó desprecio oficial, era para la rebelión - se había dicho.

Tomó por la 6 de Octubre. No era la avenida de Mayo, pero era la avenida de la ciudad donde había nacido, era su avenida, le pertenecía. Exhalando bocanadas de humo miraba a los transeúntes buscando un rostro que le sea familiar. Le extrañó no ver gente en bicicleta. El color rojo carmesí de una enorme bandera caía de lo alto de un edificio. Su indiferencia, esa branca inicial, se venían abajo, como su repulsa. Arrojó el cigarrillo. La larga avenida nombrada en una canción estaba ahí, mostrándose generosa. En varios sectores advirtió el esfuerzo de sus habitantes. A la vuelta de la esquina, en una calle ancha que iba al Este, se encontró con el ritmo y el baile de aquel atuendo. Esa música melancólica que estremecía el corazón, pero que existía a la vez, marcaba los saltos acrobáticos y sincronizados de los tobos en el centro de una multitud. El corazón le bullía, seguramente como antes al bisabuelo, cuando a inicios del siglo pasado, pero oficialmente desde 1912, se mostraron por primera vez en las calles de la ciudad.

Recordó el sombreo de la recepcionista enarcando las cejas como las artistas de cine, mirándole, mientras le daba la bienvenida y le decía que ésta era la tierra del carnaval y de las tradiciones. - Estamos en la época de los ensayos - le había informado con una sonrisa rojiza que hacía más bello su rostro triguero. Al recordarla sonrió. Escudriñó el cielo azul imaginándola, y en seguida, se abrió paso entre la gente para perderse envuelto en la música que se escuchaba, para la danza de los tobos.

Mamerto Solanas. La Paz

